

PRÓLOGO

Martina había salido ese martes antes de trabajar porque había quedado con la dueña del piso a las seis de la tarde; de todos los que había visto en los portales inmobiliarios que llevaba mirando desde hacía un mes, era sin duda el que más le había gustado, aunque se salía un poco de la zona que ella en principio buscaba y además era una primera planta, lo que tampoco le hacía mucha gracia. Pero aunque solo fuera por lo que le había costado ponerse de acuerdo con la dueña para concertar la visita, decidió ir a verlo.

La dueña había insistido en citarla por la tarde para que pudiera verlo con luz y poder apreciar la claridad que la orientación y los grandes ventanales del salón proporcionaban a toda la vivienda. Por otro lado, Martina había accedido a verse a las seis, porque según le dijo la dueña, más tarde tampoco podía quedar; tenía con ella esa tarde a su nieta de año y medio y a partir de las siete y media, la pequeña empezaba a no ser persona y no les iba a dejar verlo tranquilamente.

Martina aparcó justo delante del edificio y desde el coche pudo ver en el portal a una mujer de unos setenta años con una niña en un carrito de bebé. Bajó y se acercó a ella.

—¿Doña María Ortega Olavide?

—Sí, soy yo. ¿Martina?

—Sí. Buenas tardes, encantada —dijo estrechándole la mano.

—Igualmente. Bueno, pues vamos si quiere antes de que empiece a caer el sol.

—Sí, cuando quiera. Tiene usted una nieta preciosa —dijo Martina mirando a la niña de rizos rubios que iba en el carrito.

—Muchas gracias.

—¿Cómo se llama?

—Sofía. Se llama Sofía. No sabe usted la que tuvimos con el nombre. Si hubiera sido por mi nuera, esta joya se habría llamado Antígona o Penélope. A mi nuera le entró una obsesión con los nombres griegos que todavía no se le ha ido. Al final, gracias al sentido común de mi hijo, se quedó en Sofía. A lo mejor no tenemos tanta suerte con la que está en camino y le cae un Perséfone. ¡Vaya usted a saber! —dijo María mientras hacía girar la llave en la puerta de la vivienda—. Pase, pase, por favor.

—Gracias.

Nada más entrar, María bajó a la niña del carrito. Sofía comenzó a andar por la estancia a paso lento e inseguro, tocándolo todo. Era evidente que estaba en territorio conocido porque se fue directamente al sofá, allí se acomodó y empezó a jugar con el mando de la tele.

—No se preocupe por ella. Es muy prudente y le gusta ir a su aire. ¿Le voy contando o prefiere dar una vuelta usted sola?

—Si no le importa vamos a verla entera, me va usted guiando y luego me explica más en detalle.

—Perfecto.

Cuando María abrió la puerta, Martina pudo comprobar que los tres ventanales del salón eran mucho más grandes de lo que parecían en la foto. Iluminaban toda la estancia. La puerta de entrada daba directamente al salón, no había recibidor y a mano derecha, nada más entrar, dos estanterías y un armario cubrían la pared. El último ventanal se extendía

a lo largo de toda la cocina, perfectamente integrada en el salón, pero separada por un cristal que iba desde el techo hasta la encimera. La cocina, no muy grande, era toda blanca y de diseño moderno. Los electrodomésticos panelados en blanco, quedaban perfectamente disimulados entre los muebles.

El salón tenía dos partes diferenciadas: la de estar, con dos sofás grandes colocados en forma de L y la televisión debajo de una de las ventanas. Delante del cristal de la cocina había una mesa redonda con cuatro sillas.

Una puerta corredera camuflada en el salón daba acceso a un aseo de cortesía y un pequeño pasillo a lo largo del cual se disponían armarios, daba a un dormitorio enorme a continuación del cual se encontraba el baño, también de dimensiones poco habituales, con una ducha con suelo de pizarra que iba de pared a pared en la que podría ducharse un pelotón completo del Ejército de Tierra.

La casa, toda exterior, daba a unos jardines un tanto abandonados, engullidos por el follaje de las plantas que crecían sin control e invadían toda la superficie. Una adelfa enorme tocaba con sus ramas la ventana de la cocina y Martina pudo ver desde ella tres ciruelos y una hiedra que cubría parte de la fachada del edificio.

La casa no podía ser más tranquila. No se oía ni un ruido. Grandes jardineras llenas de brezo y boj adornaban los ventanales del salón, la cocina y el dormitorio. Parecía que estaba en pleno campo y no en el centro de Madrid.

—Como se podrá usted imaginar por el tamaño de las estancias, la casa originalmente tenía tres dormitorios, pero mi hijo hizo esta reforma tan espectacular. Él quería espacios amplios y amplios los tuvo. Demasiado, yo creo, porque no me diga que lo de la ducha le parece normal, pero sobre gustos, ya se sabe. Y para gustos originales, los de mi hijo.

Disculpe, no se lo he dicho, la casa no es mía, es de mi hijo. Es la segunda vez que la pone a la venta. La primera, hace dos años y al final por circunstancias, se echó para atrás y no la vendió. Este es el segundo intento.

—¡Vaya, lo siento! —dijo Martina.

—¿Qué siente?

—Que la venta se frustrara.

—¡Uy! ¡Qué dice! A mi hijo no le podría haber pasado nada mejor. La vida le dio un giro de ciento ochenta grados y desde entonces no ha parado de sonreír.

—No la entiendo...

—Normal. ¿Tiene usted tiempo, Martina?

—Sí. Bueno, ¿de cuánto hablamos?

—De toda una vida.

Y diciendo esto, María se sentó en uno de los sofás del salón, haciéndole un gesto a Martina para que ella también se acomodara.

Sofía se había quedado dormida al lado de su abuela.

Mirando la foto que había encima de la mesa, Martina pensó que nunca había visto un parecido tan espectacular entre una madre y su hija. Los rizos rubios de Sofía eran exactamente iguales a los de la mujer de la foto que aparecía radiante abrazada a su marido.

1

Siempre había hecho lo mismo desde que era niña. Y por muchos años que hubieran pasado, sabía que esta vez iba a hacer lo mismo.

Cuando una situación se volvía insoportable, cuando había intentado con todas sus fuerzas encontrar la solución y no la había hallado, cuando el desgaste por sobreponerse le había hecho tocar fondo sin conseguir ver la luz, Leticia desaparecía. No era una huida de cobardes. No era una huida a las primeras de cambio.

Y no lo era, porque antes lo había intentado todo. Se había quedado exhausta en su intento por demostrar ser una persona adulta, reflexiva, que analiza y responde de una manera racional a los vaivenes, a veces, sacudidas de la vida. Simplemente, el camino que la razón le había marcado hasta aquella mañana de enero la había llevado a ninguna parte y estaba cansada de intentarlo. Alguien, hacía mucho tiempo, le había enseñado que el dolor es inevitable, pero no así el sufrimiento. En su mano estaba poner remedio. Así que ahora, tocaba desaparecer. Y ya había tomado la decisión de hacerlo. Y sabía por dónde empezar.